

## LA LEYENDA DE LA REINA CAVA

En Pedroche (Córdoba) existen las típicas leyendas de la más variada temática. Una de ellas toma como punto de referencia una fuente y la relaciona con una leyenda muy extendida por diferentes lugares de España, la LEYENDA DE LA REINA CAVA.

Con diferentes textos veremos si existe algún dato que se pueda acercar a la realidad.



*"Fuente de la Reina Cava", situada frente residencia de ancianos El Salvador*

Ya en la revista de feria de 1977 se nos habla de esta leyenda:

### **La Leyenda de la Reina Cava. Revista de feria. Pedroche, año 1977**

Pedroche, fue escenario un tiempo de la desgraciada historia de la Reina Cava. En su castillo de Piedra (Betrus-Him), propiedad de Teodoro, se reunían los hijos de los nobles.

Era entonces la casa del rey escuela de milicia. Allí los varones, en edad de merecer, aprendían el manejo de las armas, guardaban la persona del rey, le seguían en la guerra y en la caza y le servían a la mesa.

Allí las muchachas principales, como damas de la reina, eran adoctrinadas en el canto y en la danza, en las labores y en cuanto a mujeres pertenecía. Allí se concertaban los matrimonios de unos y otras conforme a sus méritos y cualidades.

Entre las jóvenes puestas al servicio de la reina Egilona destacaba por su extraordinaria hermosura una princesa, llamada Cava, hija del conde don Julián. Por línea materna era nieta del rey Egica.

Cuenta la leyenda que un día de la primavera del año 709 un grupo de músicos ambulantes entraron en la plaza del castillo. Al son de sus melodías las muchachas dieron muestras de regocijo y comenzaron a saltar y a bailar. Movido por la curiosidad asócese el rey Rodrigo a la ventana del castillo en el preciso instante en que Cava caía en el suelo y descubría gran parte de su cuerpo.

Quedó el rey tan herido y prendado de la joven princesa que desde entonces en ninguna otra cosa podía pensar. Crecía en sus entrañas aquel innegable deseo y se

avivaba más aún con la frecuente vista de la hermosísima doncella. Buscó tiempo y lugar oportuno para satisfacerse, mas la Cava no se dejó vencer ni con halagos ni con amenazas. Llegó a tanto el desatino del rey que no dudó en hacerle fuerza y violentarla.

Como fuera de sí por la afrenta recibida, la joven no sabía qué partido tomar: Si disimular su daño o si dar cuenta de él. Determinó por fin comunicarlo a su padre, el conde don Julián, que por aquel entonces se hallaba en África como embajador del mismo rey.

"...Ojalá, padre y señor, ojalá la tierra se me abriera antes que me viera puesta en condición de daros esta triste nueva. Me avergüenzo de escribir lo que no me es lícito callar: Vuestra hija, de estirpe real, encomendada al rey Rodrigo, como una oveja al lobo, ha sido afrentada por él. Vos, si sois varón, haréis que el gusto que tomó de nuestro daño se le vuelva veneno y no quede sin castigo quien así se burló de nuestra casa y linaje".

Aguijoneado por el dolor de la afrenta volvió don Julián rápidamente de África. Pero no era el conde tan ingenuo que no supiera fingir y disimular sus verdaderos propósitos. Fue recibido y agasajado en la corte, creció en gracia y en privanza y apoyado en el favor real no hubo secreto ni privilegio que él no compartiera.

Estaban revueltas entonces las cosas con Francia. Las tropas del país vecino molestaban a las nuestras con algunas incursiones. Y fue esta la ocasión aprovechada por don Julián para poner en práctica su secreta venganza:

Con diversas trazas acentuó el peligro que por el norte se cernía sobre la España visigoda. Era necesario enviar allá los soldados, caballos y armas de que dispusiera el reino...

Al mismo tiempo el conde pedía volver a África: Su esposa había quedado allá y sufriendo grave enfermedad nada podría aliviarla tanto como la vista de su amada hija.

Junto a la ribera del Mediterráneo, en Málaga, hay una puerta, llamada de la Cava, por donde se dice que salieron padre e hija para embarcarse. Y así, mientras el reino enviaba todos sus hombres a la frontera francesa, quedando desprovisto de fuerzas, don Julián y su bella hija cruzaban el estrecho.

Poco tiempo después, los ejércitos moros invadían la Península... Con ellos volvió el conde peleando no al lado, sino frente al rey que un día ofendiera a su hija.

Y dicen las crónicas que los invasores degollaron a los hijos y familiares de la real estirpe goda. Y que entre los hijos del rey Rodrigo había quedado sin vida el que también fuera hijo de la Cava...

Hay una fuente en Pedroche con la particularidad de tener el suelo de madera. Es la fuente de la Cava. Allí, cuentan los ancianos, como una tradición recibida de padres a hijos, que la infortunada princesa lloró con desgarro la muerte de su hijo.

Y que, encaramada sobre el brocal retorcido de la fuente, maldijo su propio destino. Y que arrancándose sus collares y brazaletes de oro se arrojó desesperada a las aguas silenciosas... Y que durante muchos años, al filo de la madrugada, una voz entrecortada y llorosa, como queriendo justificar el desatino de su decisión, desde lo profundo de la fuente solía repetir: Más que la propia vida vale un hijo cualquiera.

**Francisco Sicilia Regalón**, cronista oficial de Pedroche, dio una conferencia en 2004 hablando sobre esta leyenda explicando el episodio histórico en el que está basada:

### **La Leyenda de la Reina Cava**, por Francisco Sicilia Regalón

Cuenta la leyenda que en el año 709 en la corte toledana del rey visigodo Don Rodrigo había una muchacha llamada Florinda que se distinguía por ser de una belleza especial y que había sido enviada por su padre para que recibiera instrucción en las letras, el canto y la danza. Esta muchacha era hija del poderoso conde Don Julián, gobernador de la Jebala, una región montañosa del norte de África. Don Rodrigo se fijó en Florinda un día cuando ella se daba un baño y el rey la vio desnuda.

Un día, el monarca invitó a la reina a su cámara y ésta se hizo acompañar de tres doncellas, una de las cuales era la bella Florinda. Mientras la reina se encontraba entretenida haciendo juegos con sus damas, Don Rodrigo llamó a la joven que le gustaba para que le sacase aradores de las manos con alfiler de oro y en ese momento se le declaró. El arador es un ácaro que produce la sarna, una enfermedad muy frecuente en aquella época, muy unida a la falta de higiene.

Florinda hace como que no comprende las palabras del rey y éste insiste, llegándole a ofrecer ser reina de España.

La hija del conde Don Julián se resiste, responde con evasivas y Don Rodrigo decide no acosarla más en esa ocasión. Pero la idea le sigue rondando en la cabeza y no pasaba el día en que no la abordara al menos un par de veces, aunque la joven se defendía lo mejor que podía dando siempre buenas razones.

La obsesión del rey con la chica no cede y un día, durante una siesta mandó a un paje que fuera a buscar a Florinda y la llevara a la alcoba real. Una vez allí intentó convencer a la muchacha por medio de nuevas promesas para que accediera a sus deseos y ante la negativa de ésta la violó. Florinda pudo gritar y las voces podían haber sido escuchadas por la reina, que se encontraba en una habitación cercana, pero no lo hizo.

Desde ese día, Florinda, que en adelante será conocida como la Cava, que en árabe significa prostituta fina, poco a poco va perdiendo su hermosura a causa de la tristeza que la embarga. Alquifa, una doncella compañera suya, le ruega que le cuente los motivos de ese pesar. Entonces, la Cava le cuenta con todo lujo de detalles su violación por parte de Don Rodrigo y la criada le aconseja que le escriba una carta a su padre contándole todo.

Un escudero se traslada hasta Ceuta con la carta acusadora y se la entrega al conde Don Julián quien durante un tiempo disimula el deshonor que se ha cometido sobre su hija, mientras en secreto prepara la venganza que había caído sobre su linaje, conchabado con Witiza, el anterior rey godo destronado por Don Rodrigo.

Los conjurados entran en contacto con los musulmanes que habían llegado a Marruecos y se ofrecieron para facilitarles el paso del estrecho de Gibraltar y la conquista de España. En el año 711 los musulmanes cruzaron el estrecho y se enfrentaron al rey Don Rodrigo, que había salido a su encuentro, en la batalla del Guadalete o de la laguna de la Janda.

Apenas comenzada la batalla, el conde Don Julián y los hijos de Witiza, que en principio figuraban entre las filas del rey goda, se pasaron al enemigo con todas sus tropas y los musulmanes, al mando de Tarik, vencieron y empezaron la conquista de España, lo que hicieron en muy poco tiempo. Los invasores mataron a Don Rodrigo y a toda su familia, entre la que se encontraba el hijo que tuvo con la Cava.

Después de la pérdida de España, la hermosa Cava se refugió en el castillo de Pedroche, construido en la época del rey goda Teodredo, que estaba situado junto al camino califal de Córdoba a Toledo, y aquí vivió ya el resto de sus días.

Entre los muros de la fortaleza llevó una vida llena de penitencia y virtudes, puesto que durante toda su vida ella consideró que había sido la causa indirecta de la pérdida de España. Antes de morir arrojó sus tesoros al fondo de un pozo, que desde entonces lleva el nombre de Fuente de la Cava, el mismo al que solía acudir para llorar la muerte de su hijo y maldecir su destino y al que ella misma se arrojó.

Durante muchos años, al filo de la madrugada, cuentan los vecinos que, mientras el viento rugía con furia, veían con terror la aparición de una mujer loca y desmelenada, que, prorrumpiendo en carcajadas salvajes, recorría con extraviados pasos las orillas del pozo, registraba con inquieta mirada su revuelto fondo, y sin detenerse nunca, sin alzar jamás los ojos al cielo, proseguía eternamente su carrera murmurando palabras incoherentes y sin sentido que llevaban el miedo y la tristeza al corazón de cuantos la oían. En vano hubo algunos bastante arrojados para esperarla en ese lugar y pedirle explicación de sus actos; apenas veía que alguien trataba de aproximarse a ella, sus ojos parecía que se iban a salir de sus órbitas, su agitación era más extraordinaria, sus frases más incoherentes, más salvajes sus gritos: huía, huía, sin que nadie pudiera seguirla en su carrera desenfrenada. Un día, desapareció y nadie volvió a verla.

Pero, desde entonces, ocurrió una cosa muy extraña: todas las noches, apenas el sol hundía en el horizonte su disco de diamante y las nubes encapotaban el cielo, en esos momentos de calma que preceden a la tempestad, se veía, en pie sobre el torreón del castillo, una figura descarnada y seca, con el cabello suelto al aire, volviendo a todas partes la triste mirada de sus ojos, sin expresión y sin vida; de repente, elevaba la vista hacia el norte; el viento, que rugía, modulaba un grito prolongado, y, al espirar, otra sombra, la sombra de un hombre armado de todas armas, pero con la cabeza desnuda, surgía también sobre el arruinado alcázar. Y las dos fantasmas se miraban, clavaban uno en otro sus pupilas sin luz, y entonces era cuando el huracán rugía con más fuerza. En aquellas horas, largas como el dolor, nadie se atrevía a salir a la calle, por miedo a encontrarse en las sombras de la noche con aquella mirada brillante que parecía desencadenar los elementos para lanzarlos sobre el mundo.

Algunos vecinos acudieron para buscar remedio a tantos males a un viejo ermitaño que, retirado en el campo, pasaba su vida en la abstinencia y el ayuno; le contaron los extraños sucesos que llamaban tan poderosamente su atención y le pidieron que impetrase del cielo la gracia de que aquella sombra volviera a dormir sosegada en su sepulcro.

Una noche, seguido el ermitaño de los habitantes de Pedroche, que llevaban teas encendidas, se trasladó a la Fuente de la Cava; apenas llegó la cruz, el cuerpo de la desgraciada mujer, en completo estado de putrefacción, se levantó por sí sólo, y fue a sumergirse de nuevo en el pozo con admiración de todos. El ermitaño bendijo el breve

recinto en nombre de Dios, y postrándose de rodillas rezó por las almas extraviadas, y todos oraron con él. La sombra desapareció perdiéndose en el espacio. Ya no volvió a verse más en Pedroche el fantasma de Florinda la Cava.

La leyenda de la Reina Cava tiene su origen en un relato de las Eddas escandinavas, según el cual el rey Aleva fue traicionado por su ministro Thork, en venganza porque le había violado a su esposa. En el caso de España, esta leyenda, que ya existía entre los godos, fue adoptada por el partido witizano, enemigo del rey Don Rodrigo, para justificar las críticas que surgieron por su participación en la ayuda que dieron a los musulmanes para que conquistasen la Península Ibérica.

La existencia histórica del conde Don Julián está fuera de toda duda, pero la de su hija Florinda es más que dudosa y ni siquiera en el nombre coinciden los distintos textos que recogen esta leyenda. La Crónica General y otras leyendas árabes la llaman la Cava y en otros textos se llama Alacaba, Frandina, Oliba o Florinda. En algunas versiones, la Cava no es hija del conde Don Julián, sino su esposa.

Tampoco hay unanimidad en el lugar donde se produjo la violación de la Cava, puesto que aunque la versión más extendida es la de que la fechoría de Don Rodrigo se produjo en el palacio real de Toledo, otros opinan que el rey godo forzó a Florinda en Sevilla, en primavera.

Si nos ceñimos a los datos históricos, la versión tradicional de los hechos resulta increíble, puesto que el pacto del conde Don Julián con los árabes de Muza ocurrió en el año 709, cuando Don Rodrigo todavía no era rey. Por lo tanto, la traición del conde no se debió a la violación de su hija, sino a peleas entre grupos políticos. La historia de la violación de la reina Cava y la venganza de su padre fue, por lo tanto, un pretexto inventado por el partido witizano cuando se dieron cuenta de lo que había supuesto su alianza con los moros, ni más ni menos que la pérdida de toda España.

### *SÍNTESIS HISTÓRICA*

Don Rodrigo ostentaba el cargo de dux de la Bética y era miembro de la familia de Chindasvinto, enfrentada a la de Wamba por el poder. A la muerte de Witiza esta lucha se encarnizó al ser nombrado Rodrigo rey, por una parte de la nobleza, mientras que otro grupo había nombrado a Agila II, el hijo de Witiza. El desgarró del reino visigodo se manifestaba en el reparto del territorio entre ambos rivales, controlando Rodrigo la mayor parte del reino mientras que Agila se hacía fuerte en la Narbonense y parte de la Tarraconense -actuales zonas sur de Francia y norte de Cataluña-. Dentro de este contexto de guerra civil aparecen las tropas musulmanas dirigidas por Tarik. Los musulmanes cruzaron el estrecho de Gibraltar en la primavera del año 711.

En el momento del desembarco Rodrigo estaba combatiendo en el norte peninsular contra los fieros vascones y al recibir noticias del suceso se trasladó al sur con su ejército. El encuentro entre Rodrigo y las tropas de Tarik tuvo lugar en el Wadi Lakka, lugar identificado con el río Guadalete o Barbate, en Cádiz.

La "Crónica Mozárabe" cuenta que las dos alas del ejército habían sido confiadas por Rodrigo a dos hermanos de Witiza, Opas y Sisberto, quienes traicionaron al rey cuando abandonaron el contingente principal. En la batalla que se produjo los visigodos fueron derrotados y Rodrigo murió. El enfrentamiento se fecha entre el 19 y el 26 de julio del año 711. El reino visigodo desaparecía de manera inmediata.

**Juan Ocaña Torrejón**, historiador, aporta una serie de datos históricos con los que quizás encontremos algún lazo de unión entre la leyenda y esta zona geográfica:

**Alrededor de una tradición (la reina Cava de Pedroche)**, por Juan Ocaña Torrejón . Revista "Omeya", editada por la Excm. Diputación Provincial de Córdoba. Número 12. (1968)

Los moradores de Las Siete Villas de Los Pedroches vienen transmitiéndose de generación en generación cierta leyenda, con visos de fábula, sobre vieja residencia o habitanza en el pueblo matriz de Pedroche de una reina que llaman o apodan "Cava".

La cuentan en estos extremos:

Al ocurrir el desastre del rey godol don Rodrigo en la batalla del Guadalete, las mujeres que acompañaban a las fuerzas de dicho rey entre las que figuraban las esposas e hijas de los Witizas, como también mencionan a la célebre Florinda de la leyenda toledana, buscaron estas mujeres refugio en un lugar apartado, oculto y abrupto, eligiendo para ello el viejo castillo de Pedroche, al que Morales Padilla al relatar otra tradición de esta época y de pocos años anteriores, le denomina "Castillo de Piedra".

Exponen los vecinos de Los Pedroches, entre otros minuciosos detalles, como justificante de la estancia de una reina en su castillo, la existencia a las afueras del pueblo, en dirección oeste, de un pozo público que desde tiempo inmemorial llaman de la "la reina Cava", añadiendo que este pozo, en la antigüedad, estaba comprendido en el recinto del palacio de expresada reina, cuyo inmueble sitúan a su lado, en donde hoy existe (existía) derruida edificación y de la que algunos de sus viejos muros suponen pertenecer a la época a que nos referimos.

En el deseo, o porque así fuera, de dar extensión territorial a este reino o feudo, se cuenta que la reina celebraba fiestas, no sólo en Pedroche, sino también en sus campos, y dan como recuerdo de ello un pago situado a unos veinte kilómetros de Pedroche y siete de Villanueva de Córdoba, al sur de ésta, que lleva en la actualidad el nombre de "El Torno", venido, según cuentan, de que en aquella finca y en un lugar de ella, donde en la actualidad existen plantados simétricamente varios fresnos, celebraba torneos y otras fiestas, recibiendo por este motivo dicho nombre en lugar.

La finca, indudablemente, debió tener en tiempos pasados alguna resonancia, ya que en Villanueva de Córdoba existen dos calles con el nombre de "Torno Alta" (hoy Ramón y Cajal) y "Torno Baja". Ambas situadas en el viejo camino real de Pedroche a la campiña al atravesar a Villanueva.

Sin precisar grandes detalles, también se dice que era visitado por esta reina un pago, denominado hoy "Las Montoras", enclavado el norte de Villanueva de Córdoba y a distancia de un kilómetro.

Como es de suponer, las versiones son adornadas con detalles que claramente denuncian la fantasía del narrador.

No faltan datos, aunque débiles, para dar satisfacción a la leyenda, admitiendo la existencia de dicha reina y aún la de su reino, pues Alfonso VII el Emperador al conquistar estos campos en 1155 llega a titularse en algunos escritos "Rey de Pedroches"; y conjeturar que Alfonso VI tuvo con su amiga Jimena Núñez una hija

llamada Doña Elvira que casó con Ramón, conde de Tolosa, y que teniendo ambos un hijo, se le llamó Alfonso Jordán, por haber sido bautizado en el río de igual nombre.

Como en Pedroche existe la calle titulada "Doña Elvira", y en Añora la de "Río Jordán", ambos nombres un tanto extraños en estos pueblos y sin series referencias sobre sus orígenes, cabe preguntar: ¿Serán donados estos campos y plaza por Alfonso VII a la hermanastra? ¿El nombre de Reina Cava se referirá a esta princesa, recordando el calificativo "cava" su origen bastardo? ¿Río Jordán, en Añora, tendrá relación con el hijo del conde de Tolosa?

Hay que consignar que aún existen en toponimia de esta región otros recuerdos muy estimables a este respecto. Uno es la dehesa, que fue comunal de las siete villas, llamada "Navas del Emperador" y que comprendería, seguramente los predios denominados hoy: Navas Altas y Bajas, Navalmilano, Navalanguilla y otros, encontrándose entre ellos "El Torno"; así como el pago "Vega de la Reina"; a su oriente la finca "Navalmaestre" y más allá "Loma del Caballero" y Lázaros, que nos recuerdan las Órdenes Militares. La dehesa de los Ruices también comunal antiguamente, y el arroyo de Pedro Fernández, que pasa por Conquista, nos traen a la memoria a Fernán Ruiz y a su hijo, nieto del Emperador, Pedro Fernández el Castellano, y hay otros nombres, propios de aquel tiempo, como los de los campos "Mingo Rubio", "Los Minguillos" o "Minguillo", etc., todos hacia el norte.

La posesión de estos campos, si la hubo, fue efímera, ya que según Ramírez de Arellano, en 1195 los ejércitos árabes que se batieron en Alarcos hicieron jornada en el castillo de Pedroche, por lo que pudiéramos achacar las coincidencias de los toponímicos a una aspiración de conquista, que sólo fue definitiva años más tarde y sin que constituyese en ningún caso reino o feudo.

La lectura de un trabajo del ilustre arabista don Félix Hernández Giménez, titulado "Buwab-Bued = Cabeza del Buey" nos ha hecho relacionar cuanto en él consigna sobre Almorchón y Artobás con la leyenda de la "reina Cava", y pensar que acaso su verdadero origen y base la tenga en los hechos que narra, correspondientes a la época visigoda.

Nos dice que existe un camino y un arroyo llamados ambos Artobás, los que arrancando de la sierra de Tiros, en dirección S y SE, sirven de límite a los actuales términos municipales de Monterrubio de la Serena y Cabeza del Buey y después entre los de este último pueblo y Benquerencia.

Es sabido que el monarca godo Ervigio era hijo de un expulsado de Bizancio, griego de naturaleza según Ambrosio de Morales y Menéndez Pidal, o de la dinastía de los reyes de Partos como indica Saavedra, el que es llamado por unos Ardavastus o Ardabasto por otros; pariente del rey Recesvinto y que fue considerado como "instruido en las artes palatinas", casando con una princesa goda.

De su hija Cixilona, Esposa de Egica, nació Witiza del cual, a su vez, los hijos que tan funesto renombre tienen por su comportamiento en la batalla del Guadalete. Estos se llamaron: Olemundo, Rómulo y Artobás de cuyo último nombre supone tomó denominación el referido pago, y que aún conserva el camino y arroyo citados; porque estos príncipes haciendo valer sus servicios o traición pidieron, y las fueron concedidas

tierras, correspondiendo a Artobás un predio situado entre el oriente y el occidente del Andalus, al parecer de la demarcación de Córdoba, donde vivía.

Difícil sería, por no decir imposible, el determinar los terrenos que abarcaban las donaciones hechas por los musulmanes a los hijos de Witiza, y aunque demandaron y obtuvieron los dominios de la corona que habían sido mero usufructo de los reyes, según determinaba el Fuero Juzgo l.V.t.l.r2 y se componía de tres mil metarcas; extensión no pequeña cuando después Abderramán I violó este tratado que Taric había firmado con los hijos de Witiza, por parecerle demasiado dilatada para un cristiano, incautándose de las tierras de Arrobás.

Ante estos datos acaso pueda pensarse en determinar los límites de este campo en lo que ha sido calificado como "una de las regiones más interesantes para el estudio de la prehistoria española y que se halla definida por la cuerda montañosa que desde Cabeza del Buey, atravesando las corrientes del Zújar y del Guadalmez, sigue a definir la barrera de separación de los valles de Alcudia y Los Pedroches, pasa al este de Fuencaiente y por las agrestes soledades del Jándula va a cortar pro Despeñaperros la vía férrea de Madrid a Córdoba.

No estará de más recordar a este respecto que en virtud del Real Decreto de 30 de noviembre de 1833, queda constituida la provincia civil de Ciudad Real, integrándola también Chillón y Guadalmez, que lo eran de Córdoba y Almuradiel de la de Jaén; vieja pertenencia que no extraña, pues es sabido las divisiones antiguas de las tribus de nuestra patria eran muy parecidas a las de las diócesis u obispado actuales.

De todo ello no queda, que sepamos, otros recuerdos, que los nombres que menciona Hernández y que existe actualmente llamado Artobás, lugar agregado al municipio de Cabeza del Buey, quedando limitado a esta zona.

Aunque nada queda aclarado con estas líneas, que pueden sembrar confusiones, creemos puede existir una posibilidad de que en el viejo castillo de Pedroche habitase, aunque sólo fuese por tiempo corto o a temporadas, la familia de Artobás, o alguna concubina suya, de donde puede venir el llamarla "reina Cava", nombre que tanto interesa y preocupa a estos moradores, y que ella fuese la que celebrase aquellos torneos y fiestas.

Sin embargo, el lugar más conocido donde se conoce y donde se desarrolla la historia de la Cava es en Toledo:

**“El Baño de la Cava”**, por Eugenio de Olavarría. “Leyendas de Toledo” - Año 2000

Nadie sabe cómo murió la hija del conde D. Julián. En aquel desquiciamiento de un imperio que con horrible estrépito se hundió en el Guadalete, en aquella desaparición de una raza entera, todos los personajes que, más que otros algunos, estaban en el camino del torrente que se desbordaba, fueron sepultados en sus aguas. La historia misma, espantada de tan tremendo juicio de Dios, rompió sus tablas y veló su rostro; y durante algún tiempo las sombras se extendieron por todas partes... Cuando el primer momento de estupor hubo pasado, cuando recogió del suelo su estilo, con el que graba en la piedra las hazañas de los hombres, su primera página fue un lamento tristísimo y prolongado: el llanto de España que apunta la crónica atribuida al rey Don Alfonso X. Pero no quiso volver la vista atrás, y el fin de aquel sangriento drama, cuyo prólogo habían sido las orillas del Tajo, y cuyo epílogo eran los llanos de Jerez, quedó envuelto en el misterio más profundo. Nada se sabe de Don Rodrigo y D. Julián; todos ignoran el fin de Florinda, D. Oppas y los hijos de Wittiza.

Esto no satisface a la tradición. Preguntadla, y ella os responderá que D. Rodrigo murió haciendo penitencia, transformado en ermitaño, después de sufrir una expiación terrible a su delito; que D. Julián, D. Oppas y los hijos de Wittiza fueron muertos por los mismos árabes, que desconfiaban de ellos, y a quienes tan bien habían servido con su odio; que Florinda, en fin, loca de dolor y de vergüenza, vino a terminar sus días en este mismo torreón, mudo testigo de su crimen. Así refiere este último suceso la leyenda.

Victoriosos los árabes en el Guadalete, donde acudiera a detenerlos la parte más fuerte y vigorosa del pueblo godo, y envalentonados con su triunfo; derruidos, casi totalmente, los muros de las ciudades, y faltos de armas los brazos por disposición de Wittiza, que cambió todos los útiles de guerra en instrumentos de labranza, fácil fue a los vencedores, acaudillados por Tarik, apoderarse del resto de España. No tardaron mucho en llegar a la vista de Toledo, que se preparaba a resistirlos, cuando los judíos que vivían en el arrabal, y que tantas injurias, tantas ofensas tenían que vengar de los descendientes de Sisebut, les abrieron las puertas de la ciudad. Desde aquel día, y durante 374 años, Toledo yacía en la servidumbre, y sobre su alcázar y sobre sus muros flotó la media luna mahometana.

Poco tiempo después de esto, los habitantes de la parte de Toledo inmediata al antiguo palacio de los reyes godos donde hoy se alzan la Puerta del Cambrón y San Juan de los Reyes, estaban amedrentados, y todas las noches, mientras el viento bramaba con furia, comentaban con terror la aparición de una mujer loca y desmelenada, que, prorrumpiendo en carcajadas salvajes, recorría con extraviados pasos las orillas del río, registraba con inquieta mirada su revuelto fondo, y sin detenerse nunca, sin alzar jamás los ojos al cielo, proseguía eternamente su carrera murmurando palabras incoherentes y sin sentido que llevaban el miedo y la tristeza al corazón de cuantos la oían. En vano hubo algunos bastante arrojados para esperarla en su camino y pedirle la explicación de sus actos; apenas veía que alguien trataba de aproximarse a ella, sus ojos aprecian prontos a salir de sus órbitas, su agitación era

más extraordinaria, sus frases más incoherentes, más salvajes sus gritos: huía, huía, sin que nadie pudiera seguirla en su carrera desenfundada.

¿Era un ser humano? ¿Era un espectro? ¿Tenía un cuerpo real, o era imaginaria la forma con que se presentaba a los mortales? Preguntas son estas cuya contestación hubiera dado mucho que hacer a los toledanos, que nada podían asegurar en asunto que tanto les importaba conocer. Pero su curiosidad se estrellaba ante un obstáculo poderoso: aquella mujer no quería ver a nadie, y no parecía vivir bien mas que en la soledad.

Mucho tiempo pasó así; mucho tiempo fue objeto de las conversaciones mantenidas en voz baja y al oído, y de las mas aventuradas hipótesis. Un día, desapareció y nadie volvió a verla.

Pero, desde entonces, ocurrió una cosa muy extraña: todas las noches, apenas el sol hundía en el horizonte su disco de diamante y las nubes encapotaban el cielo, en esos momentos de calma que preceden a la tempestad, veíase, en pie sobre el torreón que hoy se conserva de los lujosos baños de la Cava, una figura descarnada y seca, con el cabello suelto al aire, volviendo a todas partes la triste mirada de sus ojos, sin expresión y sin vida; de repente, elevaba la vista hacia el que fue paladio de Don Rodrigo; el viento, que rugía, modulaba un grito prolongado, y, al espirar, otra sombra, la sombra de un hombre armado de todas armas, pero con la cabeza desnuda, surgía también sobre el arruinado alcázar. Y las dos fantasmas se miraban, clavaban uno en otro sus pupilas sin luz, y entonces era cuando el huracán rugía con más fuerza, cuando el río desbordaba su corriente por los campos vecinos e inundaba la fértil vega, cuando la claridad de la luna desaparecía por completo, y las tinieblas más espesas reinaban sobre el pueblo amedrentado. En aquellas horas, largas como el dolor, nadie se atrevía a salir a la calle, por miedo a encontrarse en las sombras de la noche con aquella mirada brillante que parecía desencadenar los elementos para lanzarlos sobre el mundo.

Algunos fieles acudieron, para buscar remedio a tantos males, a un viejo ermitaño que, retirado al centro de los montes, pasaba su vida en la abstinencia y el ayuno; le contaron los extraños sucesos que llamaban tan poderosamente su atención, y le pidieron que impetrase del cielo la gracia de que aquellas sombras volvieran a dormir sosegadas en sus sepulcro. Púsose en oración el anciano, cuando a la noche acarició el sueño sus pupilas, apareciósele una figura, semejante a la que le pintaran los toledanos, y esta figura abrió sus labios para hablar y le dijo:

-Yo soy Florinda la maldita, Florinda la Cava, la hija impura del conde D. Julián. Cuando supe que España era, por mi crimen, esclava de los hijos de Mahoma, una voz interior se alzó en lo más profundo de mi alma, mandándome venir, sin tregua ni descanso, a este lugar de mis culpas, a buscar mi honor perdido en las revueltas ondas del Tajo. Perdí la razón, pero no lo bastante para dejar de oír esta voz acusadora, y cruzando valles y llanuras, praderas y montañas, llegué a Toledo, y en Toledo he vivido mucho tiempo, sostenida por una fuerza misteriosa, buscando incesantemente lo que no me era dado encontrar. Por fin, mi vergüenza y mi dolor me mataron; allí, en aquel sitio, testigo de mis torpes placeres, yace insepulto mi cuerpo; mi alma va todas las noches, en penitencia, por orden de Dios, a llorar eternamente mi falta; y evocada por mi llanto, el alma de Rodrigo baja también a llorar la suya a las rotas almenas de su

palacio. Vé allí, bendice en nombre del Omnipotente aquellos lugares malditos, y mi alma no volverá a aparecer en ellos.

Y la sombra desapareció, perdiéndose en el espacio.

Despertó sobresaltado el ermitaño, y aquella noche, seguido de los habitantes del arrabal, que llevaban teas encendidas, trasladóse a los antiguos baños de Florinda; apenas entró en ellos la cruz, el cuerpo de la desgraciada mujer, y en completo estado de putrefacción, se levantó por sí sólo, y fue a sumergirse en el río con admiración de todos. El ermitaño bendijo el breve recinto en nombre de Dios, y postrándose de rodillas rezó por las dos almas extraviadas, y todos oraron con él. ¡Cuadro de amor y de ternura! ¡Ver a aquellos seres, libres y felices en otro tiempo, ahora esclavos y proscritos en sus mismos hogares, rezando por el descanso eterno de los que habían sido causa de sus desventuras! ¡Ya no volvió a verse en Toledo la sombra de Florinda!



El autor Pedro del Corral escribe en 1443 "Crónica Sarracina" donde una parte está dedicada a esta leyenda, "Seducción de la Cava":

### **Crónica Sarracina** de Pedro del Corral (resumen)

Cuenta que don Rodrigo convidó a la reina a su cámara y se hizo servir de tres doncellas, una de las cuales era la Cava, de quien estaba el rey enamorado. Mientras la reina se hallaba entretenida en juegos con sus doncellas, el rey llamó a la Cava para que le sacase aradores de las manos (cpt. 165) y le declaró su pasión (cpt. 165bis). La Cava hizo como que no comprendía las razones del rey (cpt. 166). Don Rodrigo insiste, ofreciéndole la posibilidad de ser reina de España (cpt 167). La Cava busca un nuevo subterfugio e interpreta las palabras del rey como una simple prueba (cpt. 168). A estas evasivas de la Cava se sigue el juramento de sinceridad hecho por el rey (cpt. 169). Todavía la Cava se resiste, a pesar de nuevos requerimientos (cpts. 170-171bis), y Rodrigo decide no aquejarla más en aquella ocasión.

Desde que el rey descubrió su intención a la Cava, no pasaba día en que no la apremiase una o dos veces, y ella se defendía lo mejor que podía; pero al fin, durante una siesta envió a llamar a la Cava con un paje, y cumplió su voluntad con ella. La Cava en aquella ocasión pudo dar voces, que hubieran sido oídas por la reina, pero no lo hizo (cpt. 172).

La Cava con el gran pesar va perdiendo su hermosura. Alquifa, una doncella compañera de la Cava, ruega a ésta que le descubra sus pesares (cpt. 173). La Cava refiere a Alquifa su desgracia y ésta le aconseja que escriba a su padre. Un escudero lleva a Ceuta la carta acusadora (cpts 174-76). El conde va a Consuegra, donde se entrevista con su cuñado el obispo don Oppas; éste le aconseja disimulo y venganza (cpt. 177). Julián cuenta al rey su paz con Muza y la enfermedad de la condesa Frandina, que quiere ver a solas a su hija. El rey le honra sobre todos. Apóstrofe retórico dirigido por el historiador a Julián sobre su traición: el rey no hizo fuerza a la Cava, pues ésta no se recató como debía (cpt. 179). Julián aconseja al rey destruir las armas del reino (cpt. 180). Julián enemista a Oppas y Brancarte con el rey (cpts. 181-83). Deliberación en Ceuta. La condesa excita a su marido a la venganza (cpts 184-87).

En relación a que la leyenda se relaciona en Pedroche por la forma y el lugar de morir la reina Cava, teniendo en cuenta que lo más extendido es que murió en Toledo, terminamos esta colección de textos con este párrafo:

### **Orígenes de la novela**, de Marcelino Menéndez y Pelayo (1905)

**"Pedro del Corral la hacía morir prosaicamente de la gangrena producida por una espina de pescado que se la clavó en la mano derecha, estando en Ceuta. Miguel de Luna, aprovechando cierta tradición malagueña, indicada ya por Ambrosio de Morales, hace que Florinda ponga fin a sus días arrojándose de una torre de aquella ciudad."**

En fin, que las leyendas, leyendas son.